

La masculinidad a través de la vivienda zaragozana*

CARMEN ABAD ZARDOYA

Universidad de Zaragoza

Hablar de la presencia masculina en la vivienda implica desenvolverse en dos planos inseparables, el de los espacios contruidos y el de los objetos que los hacen habitables. En las fuentes notariales aragonesas es común localizar, desde el siglo XV, espacios etiquetados con los términos «estudios», «quarto del estudio» y «pieza del estudio» en los «entresuelos», es decir, en la entreplanta situada entre el «quarto principal» y el «quarto bajo». Tanto es así que, cuando llegamos al Setecientos, estudios y entresuelos funcionan en algunos textos como sinónimos, lo que hizo suponer que todas las denominaciones aludían por igual al despacho público o profesional del señor de la casa, por oposición al privado, caso de los gabinetes o camarines. Sin embargo, el lenguaje de los inventarios realizados por estancias en Zaragoza es tan rico en matices que escapa a esta simple interpretación.

En Aragón, como en Cataluña o Baleares, desde el siglo XV algunos inventarios y contratos de obras constatan el hábito de situar en el entresuelo no ya un despacho, sino el apartamento del señor de la casa. La elección no podía ser más acertada: las habitaciones de entreplanta, con ventanas a la calle o al patio interior, tenían los techos bajos, estaban comunicadas entre sí y contaban con un acceso propio desde el zaguán o desde el primer descansillo de la escalera principal. Las ventajas eran, por tanto, obvias: una portada resaltada arquitectónicamente daba paso a un espacio bien comunicado pero independiente, fácil de calentar, y apto para graduar la privacidad de la secuencia de habitaciones. Además, con tan solo añadir una puerta y escalera «excusadas», podía conectarse este conjunto de estancias con las piezas privadas de la planta noble.

* Proyecto: *La vida cotidiana entre los discursos y las prácticas: aspectos materiales, sociales y culturales en la Monarquía española del Antiguo Régimen*. RTI2018-095379-B-C31. IP Gloria A. Franco (UCM).

El cuarto del estudio como apartamento masculino

A juzgar por las fuentes documentales, hubo estudios masculinos formados por una sola «pieza» o habitación de grandes dimensiones, lo suficiente como para acoger una zona de reposo, otra de trabajo y otra para la sociabilidad escogida. Pero, frente a la excepcionalidad del espacio único y multifuncional, lo normal es que la entreplanta reservada para el señor estuviera compuesta de varias piezas que, al organizarse en un esquema coherente, formaran el llamado «cuarto del estudio». El análisis de una muestra de inventarios *post mortem* de la Zaragoza del Setecientos revela la existencia de tres tipos de esquema espacial:

1. El más sencillo consta de un recibidor que da paso a dos estancias conectadas entre sí.¹ La primera funciona como «pieza del estudio» o despacho *stricto sensu*. La segunda, con acceso desde la anterior, puede convertirse en «librería» o bien en gabinete de coleccionista. Cuando ésta se registra como «quartico interior», nos hallamos ante un retrete en el sentido moderno del término, una habitación pequeña y retirada para custodiar bienes de valor y enseres íntimos.
2. El siguiente modelo, que replica la célula habitacional más extendida en los pisos bajo y principal, está formado por una sala dotada de alcoba. La sala se usa para despachar asuntos o como pieza de compañía, mientras que la alcoba sirve de dormitorio o bien como zona de reposo diurno, gracias a la presencia de un catre de día.² Ocasionalmente, este esquema básico podía completarse con un cuartico interior o retrete.³
3. El tercer tipo es el más complejo, y equiparable al modelo ideal de apartamento. Consta de cuatro piezas conectadas entre sí, y cuenta con un sistema secundario de comunicación con la planta noble. Es el caso del «cuarto del estudio» de Joseph Urquía, Abogado de los Reales Consejos.⁴ La secuencia comenzaba con un recibidor accesible desde el descansillo de la escalera principal, seguía con la «pieza del estudio», en este caso un despacho con su biblioteca. Tras ella, el «cuarto de los vestidos» desempeñaba la función de oficina complementaria, dando paso a un «quartico interior» para dinero y documentos. La pieza de estudio estaba conectada mediante puerta y esca-

¹ Antonio Zebrián, AHPZ, Esteban de Olóriz y Nadal, 1737, fols. 87v-91v. Francisco Palacio, AHPZ, Juan Antonio Ramírez y Lope, 1748, fols. 377v-380r.

² Difunto marido de Josefa Moneba. AHPZ, Juan Antonio Loarre, 1713, fols. 473r-476v.

³ Juan Labordeta. AHPZ, José Domingo Andrés, 1745, fols. 848r-855r.

⁴ AHPZ, Joseph Domingo Assín, 1757, fols. 82r-84v.

lera excusadas con una sala del piso noble abierta al jardín trasero mediante un balcón.

La costumbre de ubicar en el entresuelo el apartamento masculino convivió en Aragón con otras fórmulas defendidas por la nueva teoría arquitectónica, sensible al influjo de la tratadística francesa en materia de distribución espacial. Asumiendo un concepto de comodidad basado en la redistribución racional de los espacios de servicio (Morin, 2008: 28),⁵ se recomendaba utilizar el entresuelo para agrupar allí las dependencias de trabajo o almacenaje (masaderías, cocinas secundarias), así como las habitaciones del personal doméstico, desde oficinas de administradores a dormitorios para criados. Estos consejos teóricos, recogidos en tratados (Bails, Brizguz y Bru) y exámenes de maestría,⁶ coincidían con soluciones que se adoptaron, por mero sentido práctico, en muchas obras de reforma del Setecientos. Tan frecuentes llegaron a ser estas soluciones en algunos territorios de la antigua Corona de Aragón que, en Baleares, por ejemplo, se acuñó la expresión coloquial *estudis dels criats* (Llabret Mulés, 2008: 43).

En la Zaragoza del Setecientos también se ha documentado la existencia de este tipo de entresuelos de servicio, pero fueron más comunes las fórmulas híbridas, sobre todo cuando se disponía de «entresuelos dobles», formados por muchas piezas. En estos casos lo normal era acondicionar algunos espacios como zonas de trabajo o dormitorios secundarios, y reservar el resto de las habitaciones para uso privativo del señor. En suma, se combinaba la creación de unos entresuelos de servicio con la conservación del modelo vernáculo de apartamento masculino. Esta modalidad mixta se ha documentado en casas de mercaderes, funcionarios o infanzones con una profesión remunerada. También fue relativamente frecuente en Zaragoza combinar el cuarto del estudio con los dormitorios de los sirvientes de cámara o de los niños al cuidado de criadas y nodrizas⁷: solución ésta, por cierto, propuesta por Ventura Rodríguez para su reforma del madrileño Palacio de Altamira (Martínez Medina, 1997: 69). En estos dormitorios secundarios y sus espacios anejos se detectaron los primeros llamadores para el servicio conectados con las estancias de los señores (Abad Zardoya, 2012: 123).⁸

Ante la pervivencia en el Setecientos de emplear la totalidad del entresuelo para los cuartos del estudio, cabe preguntarse si esta fórmula tradicional en Aragón

⁵ Morin cita al respecto pasajes de Ch. E. Briseux, J. Courtonne y N. Le Camus de Mézières.

⁶ «Relación del método que debería observarse en la construcción de la casa de un señor de título», Examen de Pascual Jordán, RANBASL, leg. 1798, exp. 235.

⁷ Antonio Zebrián, nota 2.

⁸ Campanillas y tiradores en el cuarto de criados de la casa de Marcos Francisco Marta, mercader. AHPZ, José Cristóbal Villarreal, 1749, *insetatur* fols. 438r y 438v.

era compatible con la nueva teoría arquitectónica ilustrada. Así se contemplaba en algunos casos, cuando la realidad imponía la economía de espacios, sea por los límites del solar en obra nueva, sea por los límites del espacio construido en reformas parciales. En sentido favorable se pronunciaron dos de los textos más influyentes de la época: el *Discurso sobre la comodidad de las casas* y los *Elementos de Matemática* de Bails que, además, fue el manual de referencia para los maestros de obra formados en la Cátedra de Arquitectura zaragozana. Ambos títulos reconocen las ventajas de los entresuelos en cuanto a confort higrotérmico y garantía de privacidad. Y ambos defienden la conveniencia de colocar en la entreplanta las habitaciones privadas del señor –«habitación de retiro» en el *Discurso*, «habitación ordinaria» en los *Elementos*– cuando no hay sitio en otros niveles de suelo.

La ostentación del estudio y la ocultación del tocador

A la luz de la documentación notarial, el amueblamiento de la «pieza de estudio» en la vivienda zaragozana del XVIII está marcado por un conservadurismo mayor que el que presentan las estancias de sociedad, incluidas las acondicionadas para una sociabilidad restringida. De hecho, la sedimentación decorativa se hizo mucho más patente en la segunda mitad de siglo, coincidiendo con la definitiva modernización de salas y gabinetes gracias a la generalización de «estrados completos», pintados o lacados a juego (Abad Zardoya, 2016: 89). Cuando los conjuntos de canapés, sillas y mesas auxiliares colonizaron estos espacios, los escritorios y papeleras «de moda antigua» (arquimesas, escritorios de Salamanca, contadores) se replegaron en las «piezas de estudio». Este mismo proceso se acentuó en el caso del mobiliario de asiento. Aunque las sillas de vaqueta de Moscovia dominaron las salas zaragozanas (en rojo) y barcelonesas (en negro) hasta mediados de siglo (Abad Zardoya, 2016: 92; Creixell, 2019: 97-98), a partir de entonces su presencia se circunscribió a las piezas de estudio y espacios adyacentes, al menos en Zaragoza. Se inicia así una cierta fosilización del mobiliario de despacho que tendrá su expresión canónica en las propuestas historicistas del XIX e incluso del XX, con sus fraileros, sus bufetes y sus mal llamados bargueños.

Las bibliotecas que, como hemos visto, se integraban en una de las estancias del «quarto de estudio» solían amueblarse con librerías de madera registradas como «estantes de divisiones». Podían ser estructuras abiertas o bien armarios con puertas acristaladas o de red metálica. El modelo de red fue el dominante, quizá por inercia, quizá porque evitaba problemas de condensación en climas cálidos, como sugieren algunos especialistas (Castellanos Ruiz, 1992: 49-56). En la biblioteca del

Seminario de San Carlos Borromeo en Zaragoza se conservan, en óptimo estado, ejemplares comparables a los descritos en la documentación, tanto exentos como encarcelados en la pared.

Las fuentes iconográficas, de retratos a láminas e ilustraciones, construyeron imágenes de los arquetipos masculinos ambientadas, casi siempre, en una síntesis visual de la pieza del estudio (Molina Martín, 2013: 173-218). Incluso en los retratos de aristócratas –y no solo en el caso de los hombres de letras o de iglesia– menu-dean los estantes de libros, y nunca falta la mesa con el recado de escribir, reducido, para mayor claridad, a tintero, cálamo y salvadera de plata. En la imagen del ciudadano, escribanías, mesas y librerías funcionan como atributos varoniles, del mismo modo que la silla de brazos continúa denotando autoridad.⁹

Justamente lo contrario sucede con el repertorio de objetos destinados al adorno personal, cuya abultada presencia en los inventarios contrasta con un atronador silencio iconográfico. Recados de afeitar, útiles para peinado, estuches y galanterías de todo tipo eran el soporte material imprescindible para ejercitar las *belles manières* del hombre civilizado. Naturalmente, estas prácticas estaban vinculadas a un espacio y mobiliario específicos, el tocador masculino, pero a diferencia de su equivalente femenino, este no sirvió ni literaria ni plásticamente para ilustrar la elegancia del caballero, sino más bien para perfilar, bajo la máscara del ridículo, los estereotipos negativos de la masculinidad (Eijoecente, 1785: 35-37).

En Zaragoza, la notoria variedad y cantidad de artículos para el adorno personal inventariados en dormitorios y gabinetes de planta noble, así como en los apartamentos de entresuelo, concuerda con la información procedente de otras fuentes escritas. En primer lugar, con ciertos pasajes de los diarios de Joseph Branet. Este sacerdote francés que había pasado por Zaragoza en 1792 huyendo de la Revolución, volvió a la ciudad en 1797. En su segunda visita se manifestó sorprendido por la transformación de sus gentes, especialmente de los estudiantes:

La mayor parte [...] habían abandonado su manteo y lo habían sustituido por un atuendo elegante a la moda francesa. Se permitían ya un poco de polvo e incluso algunos rizos, de manera que creía estar en una ciudad nueva. Si continuán a ese paso, estoy convencido de que se abrirán peluquerías, lo que no dejará de ser algo destacable en el reino de Aragón (Ona, 2018: 106).

En segundo lugar, la importancia de esta cultura material en los hogares inventariados concuerda con su protagonismo en las relaciones de bienes importados en

⁹ Hasta cierto punto, el peso de este discurso dominante ha orientado el estudio de los espacios masculinos casi en exclusiva hacia las estancias y enseres dedicados al trabajo intelectual (Postigo Vidal, 2012: 1067-1082).

la ciudad, informes hechos a instancias de la Sociedad Económica Aragonesa en tres ejercicios anuales de los años 1774, 76 y 87.¹⁰ En todos ellos, los artículos para el arreglo masculino –procedentes de Francia y, en menor medida, de Inglaterra– conforman una de las partidas más importantes en cantidad y repertorio (Abad Zardoya, 2020: 224-234).

Sabemos por los inventarios que los muebles masculinos de tocador no tenían por qué diferenciarse de los utilizados por las mujeres. El modelo más extendido, que los notarios aragoneses llaman «bufete/mesica tocador», era una mesa completamente vestida sobre la que descansaban la plata de tocador y un espejo resaltado por un pabellón, o guarnecido a juego con las faldas de aquella. El ejemplar que el comerciante Manuel Torres y Costa tenía en su gabinete¹¹ concuerda, por su descripción, con el modelo más representado en las pinturas y grabados de la segunda mitad de siglo, tanto para mujeres como para hombres. Para las primeras es fácil hallar ejemplos incluso locales (como *El tocado de la dama*, atribuido a Ramón Bayeu).¹² Para los varones hay que recurrir, sin embargo, a imágenes europeas, como la *petite toilette* de la serie de grabados *Le Monument du costume*.¹³

Tan parecidos podían ser los tocadores masculino y femenino que pabellones, guarniciones de espejo y faldas de mesa con su «falbalá» o «farfala» perimetral, se confeccionaban con el mismo tejido a la moda, la nivea y fina muselina oriental. Así pues, la diferencia entre unos y otros descansaba en la composición de su plata de tocador, que en el caso de ellos estaba dominada por los útiles de barbería: la jabonera esférica de tapa engoznada, las navajas con sus afiladores (piedras y cueros), chofetas, y las bacías de afeitar, a veces sustituidas por fuentes y su correspondiente suplemento acoplable con escotadura.¹⁴

En las viviendas se guardaban tanto estuches de tocador como neceseres de camino¹⁵ pensados para practicar en ruta la pogonotomía o arte de afeitarse, habilidad que dio lugar a varios manuales publicados en Francia, entre los que destaca, por sus ilustraciones, el de Jean Jacques-Perret (fig. 2). Uno de ellos, atribuido a Monsieur Dusuel, fabricante de cueros para afilar, fue traducido al español en 1792 por Antonio de San Román. Aunque se documentan desde el XVII, los estu-

¹⁰ RSEAAP, Caja 91, expedientes 11 (1774) y 12 (1776); Caja 61 (1787), sin numerar.

¹¹ Una «mesita con un espejo de talla dorada para peinar con cubierta de musulina y pabellón de lo mismo», AHPZ, Joaquín Marín y Luna, 1804, fols. 85r-89v.

¹² La pintura, sobre papel, pertenece a la Colección Ibercaja, Patio de la Infanta, Zaragoza.

¹³ Original de Jean-Michel Moreau le Jeun, grabado por Pietro Antonio Martini. *La petite toilette*, de la serie *Le Monument du costume*, 1745-97, MET, inv. 33.6.28. Licencia Creative Commons-MET DT232068.

¹⁴ Adaptador con escotadura del platero Manuel de Aguilar, 1806, MNAD, CE28753/4.

¹⁵ Capitán de infantería Joaquín Villalba. AHPZ, José Cristóbal Villarreal, 1770, fols. 487r-491r; Francisco Antonio Ondeano, AHPZ, Jorge de Sola y Piloa, 1738, fols. 67v-73v.



FIG. 1: Caballero ante su tocador. La *petite toilette*, de *Le monument de costume*, J. M. Moreau, P. A. Martini grabador. MET, 33.6.28.

ches de camino para afeitar tenían entonces un máximo de cuatro de navajas y, a lo sumo, unos hierros de levantar bigotes (Alonso Benito, 2015: 315). A lo largo del siglo XVIII se ampliaron la gama de calidades y el instrumental que contenían.

Además de los utensilios para cortar, rasurar y peinar, encontramos en las casas complementos textiles como toallas, paños de afeitar (equivalentes al peinador)¹⁶ y el «navajero», una funda flexible para navajas, peines y afiladores.¹⁷ Entre los estuches más elaborados, destaca el que se hallaba en el estudio-gabinete de don Pedro

¹⁶ José Pellicer, presbítero racionero. AHPZ, José Domingo Andrés, 1746, fols. 577v-58or.

¹⁷ Marcos Francisco Marta, véase nota 8.

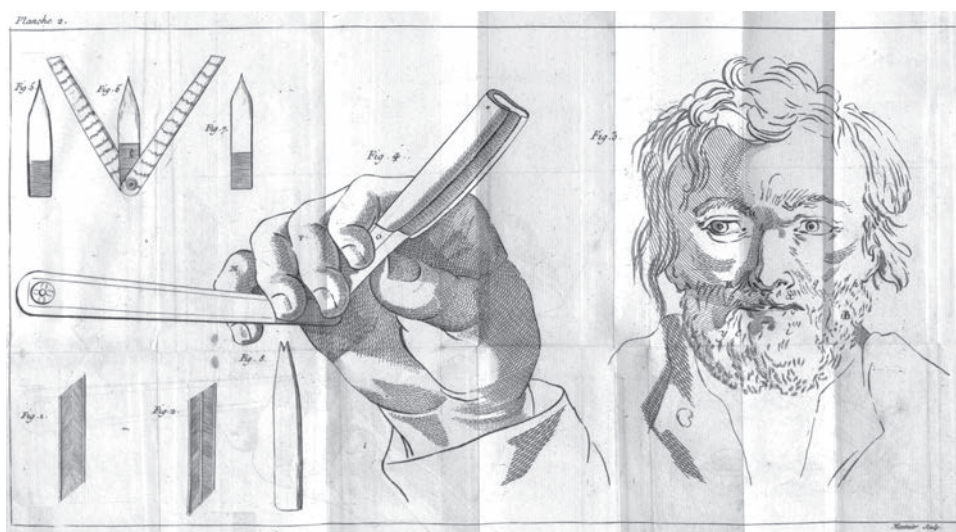


FIG. 2: Navaja de afeitar. Plancha de *La pogonotomie* de Jacques Perret. BNF, V-25591.

Espinosa y Fuertes, arcedianio de Belchite y rector de la Universidad de Zaragoza entre 1787 y 1790.¹⁸ La caja contenía seis navajas, como los conjuntos más completos de la época y venía de Inglaterra, famosa por la calidad de sus *razor makers*. En Zaragoza se vendían navajas tanto francesas como inglesas: en 1787 llegaron del país vecino 468; de Inglaterra solo 39. Tal vez su escasez acrecentara la estimación por las manufacturas británicas, y puede que esto animase a Goya a comprar en Madrid un estuche londinense para Martín Zapater, como sabemos por una carta de 1790 (Museo del Prado, ODGo95).¹⁹

Si la moda del rostro afeitado dio lugar a un notable desarrollo de los estuches de tocador masculinos, la de llevar peluca generó un consumo de servicios y complementos considerable, cuyo alcance se puede calibrar en la traducción al español de *L'art du perruquier* por Rubín de Celis (1771), y las detalladas planchas del original francés (Francois-Alexandre-Pierre de Garsault, 1767). En materia de productos para el arreglo capilar, Francia no tuvo competencia en el mercado aragonés. A Zaragoza llegaban grandes cantidades de pomadas y polvos de olor para pelo natural y artificial, soportes, redes y bolsas de tafetán para pelucas, peines y escarpidores, todo ello en un desconocido *packaging* de cartón diseñado para guardar estos artículos.

¹⁸ AHPZ, Francisco Antonio Torrijos, 1790, fols. 189r-194r.

¹⁹ «Te he comprado dos nabajas Ynglesas en un estuche que sirve de afiladera que me parece que es lo mejor que se puede encontrar [...] me an costado muy caras pero dicen que dentro de Londres balen mas».

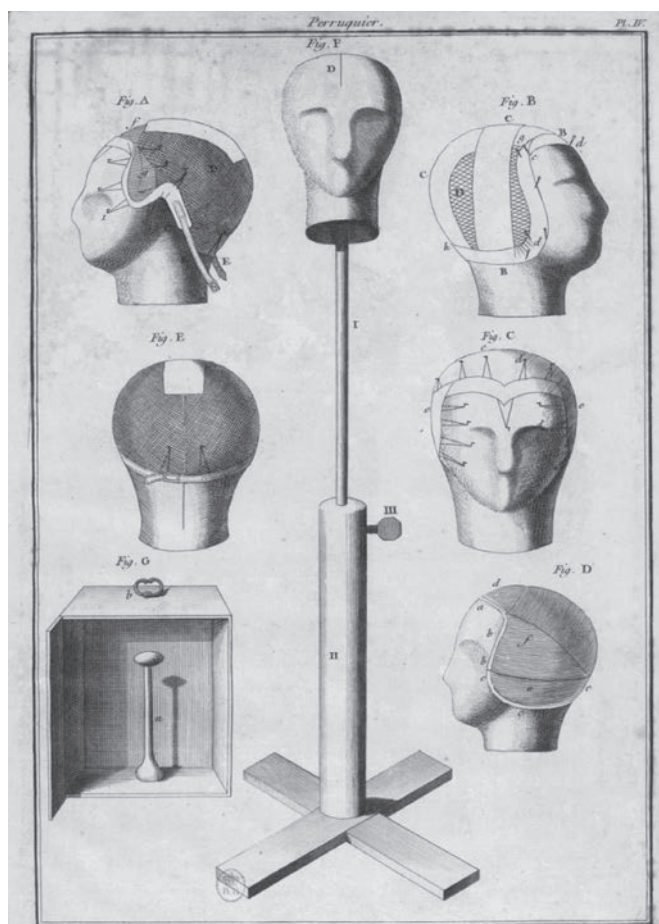


FIG. 3: Cabezas y soportes de peluca. Plancha IV de *L'art du Perruquier* de Mr. Garsault. BNF, Raros, V-3934.

En los inventarios zaragozanos el fenómeno más interesante del furor capilar atañe a la localización de las «cabezas para tener/peynar pelucas».

O bien se encuentran en las zonas de aseo habilitadas en las habitaciones del señor para su «tualeta», junto a los primeros «lavadores» de madera que sirven de sostén a los «lavamanos» –el conjunto de jarro de manos y palangana–,²⁰ o bien se hallan en las habitaciones de los criados encargados de su mantenimiento y, por tanto, hurtadas a la mirada del señor y de quienes tenían acceso a sus habitaciones.²¹

²⁰ Antonio Lafiguera, AHPZ, Manuel Gil y Burillo, 1798, fols. 87r-89r.

²¹ En el dormitorio del criado personal de Juan Labordeta, véase nota 3.

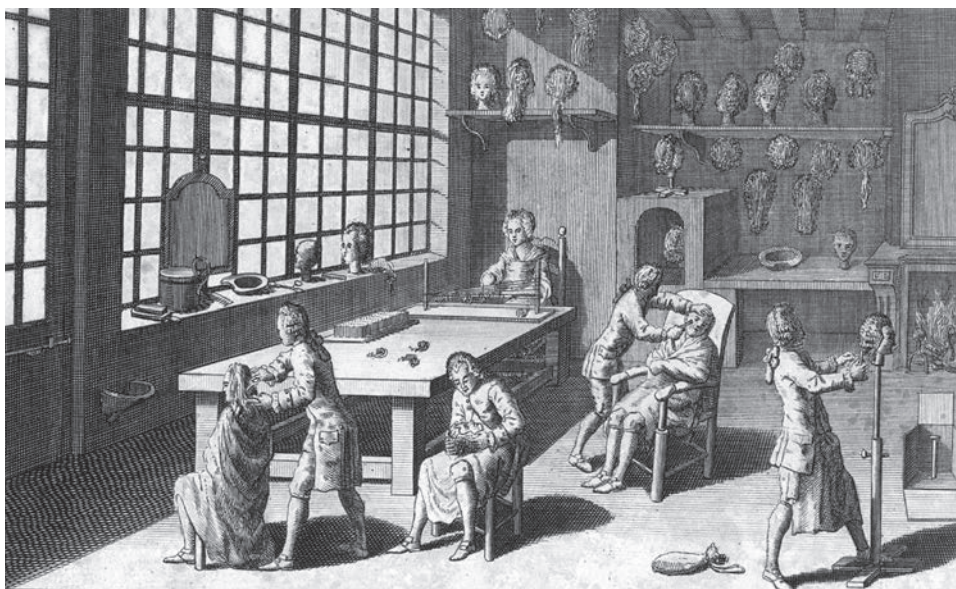


FIG. 4: Componiendo pelucas. Detalle de la plancha III de *L'art du Perruquier* de Mr. Garsault. BNF, Raros, V-3934.

Lo que parece una cuestión baladí encuentra resonancias en una polémica sobre-dimensionada en el seno de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. En las discusiones previas a la renovación del Plan Gremial de Zaragoza (1779), los ponentes defendieron que la tarea de componer cabellos y pelucas debía ser desempeñada solo por «los criados de las casas». Este fue precisamente el argumento que utilizaron para proponer, sin éxito, la supresión del gremio de peluqueros (fig. 4). Los profesionales, que contaban con gremio propio desde la segunda mitad del siglo XVII, habían visto crecer sus expectativas de negocio conforme fue avanzando el Setecientos. Si tenemos en cuenta que en el censo de 1642 no se registraban peluqueros y que en el de 1723 ya se contabilizaban 13, la cifra de 24 maestros en 1797 refleja una progresión espectacular (Forniés Casals, 1978: 135). Para entonces los servicios más codiciados eran los de los peluqueros franceses. Tal vez el origen de estos profesionales había sido la verdadera razón por la que no contaban –al menos de cara a la galería– con las simpatías de los miembros de la Económica, embarcados desde su fundación en un proteccionismo abiertamente beligerante con Francia, y bastante más indulgente en lo que respecta a las importaciones de manufacturas inglesas.

Conclusiones

En el plano arquitectónico, los espacios masculinos en la vivienda aragonesa perpetuaron una solución adoptada en la casa señorial del Renacimiento aragonés, realizando pequeños reajustes de este modelo tradicional para adaptarse a los principios de la tratadística arquitectónica ilustrada. En los casos en los que el inmueble contaba con unos entresuelos muy amplios, la solución vernácula se combinó con la concentración, en este nivel intermedio, de los espacios de servicio (masaderías, dormitorios secundarios de criados y de los menores a su cuidado).

En lo que atañe al amueblamiento y decoración de los espacios privativos masculinos destaca el conservadurismo de la llamada «pieza del estudio», una de las habitaciones de la casa donde más patente resulta el fenómeno de la sedimentación decorativa. Algunos de los objetos omnipresentes en estos espacios (muebles y recados de escribir) funcionan también como atributos de la imagen masculina. En contraste con ello existe una importante cultura material creada para el consumidor varón que, aunque está muy presente en los escenarios cotidianos, se excluyó deliberadamente de las construcciones positivas de la masculinidad, tanto literarias como iconográficas.

Bibliografía

- Abad Zardoya, Carmen (2012), «*Donde el arte debe sujetarse a la necesidad*. Intendencia doméstica, sociabilidad y apartamentos masculinos en los entresuelos del siglo XVIII», en *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España moderna*, Madrid, Almudayna, págs. 113-134.
- (2016), «Los interiores domésticos en la Zaragoza de la Ilustración», en *Pasión por la Libertad*, Zaragoza, Fundación Ibercaja, págs. 56-64.
- (2020), «Consumir interiores durante la Edad Moderna. Las manufacturas importadas», en *Catàleg Decòrum. Vestir la casa per a l'ocasió*, Terrasa, Centre de Documentació i Museu Tèxtil, págs. 224-234.
- Alonso Benito, Javier (2010), «El tocador, un campo de desarrollo para el arte de la platería», en *Ophir en las Indias: estudios sobre la plata americana: siglos XVI-XIX*, León, Universidad de León, págs. 557-568.
- Bails, Benito (1787), *Elementos de Matemática*, Madrid, Imprenta de Ibarra.
- Castellanos Ruiz, Casto (1992), «La decoración y el mobiliario de los salones madrileños durante el reinado de Fernando VI: el “menaje” del Palacio del Marqués de la Ensenada», en *II Salón de anticuarios en el barrio de Salamanca*, Madrid, Escuela de Arte y Antigüedades, págs. 49-59.

- Creixell i Cabeza, Rosa María (2013), *Noblesa obliga: L'art de la casa a Barcelona, 1730-1760*, Perpignan, Presses Université Perpignan.
- Eijoecente, Luis (1785), *Libro del agrado, impreso por la virtud en la imprenta del gusto, á la moda, y al aire del presente siglo: obra para toda clase de personas, particularmente para los señoritos de ambos sexos, petimetres, y petimetas, dedicado á la mas augusta, excelsa, y magestuosa, diosa Cibeles*, Barcelona, Imprenta de Viuda Piferrer.
- Forníes Casals, José Francisco (1978), *La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País*, Madrid / Zaragoza, Confederación Española de Cajas de Ahorro / Caja de Ahorros / Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja.
- Llabrés Mulet, Jaume (2008), «Una aproximació als grans interiors mallorquins (1616-1818). Imatges gràfiques d'un temps», en *El mueble del siglo XVIII: nuevas aportaciones a su estudio*, Barcelona, Associació per al Estudi del Moble.
- Molina Martín, Álvaro (2013), *Mujeres y hombres en la España ilustrada: identidad, género y visualidad*, Madrid, Cátedra.
- Morin, Christophe (2008), *Au service du château. L'architecture des communs en Île-de-France au XVIII^e siècle*, Paris, Publications de la Sorbonne.
- Ona González, José Luis (2018), *Joseph Branet, Diario de un sacerdote refractario refugiado en España (1791-1800)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- Peñaflorida, Xavier María de Munibe, Conde de (1766), *Discurso sobre la comodidad de las casas que procede de su distribución exterior e interior y Palacio de Insausti* (eds. Juan Ángel Peña e Iñaki Larrañaga), Bilbao, Colegio Oficial de Arquitectos Vasco-Navarro.
- Perret, Jean-Jacques (1769), *La pogonotomie, ou L'art d'apprendre a se raser soi-meme, avec la manier de connoitre toutes fortes de Pierres propres à affiler tous les outils ou instrumens*, Paris, Dufour.
- Postigo Vidal, Juan (2012), «El estudio como espacio para la intimidad, la intelectualidad y la masculinidad en Zaragoza durante la Edad Moderna», en *De la tierra al cielo: Líneas recientes de investigación en historia moderna*, Zaragoza, IFC, vol. II, págs. 1067-1082.
- Rubín de Celis, Manuel (1771), *Arte del Barbero-Peluquero-Bañero que contiene el modo de hacer la barba y de cortar los cabellos; la construcción de toda clase de pelucas y partes de peluca para hombres y mujeres; modas de peinados; composición de las pelucas viejas, de suerte que queden como nuevas; [...] la de pomadas para el pelo [...] etc. Escrito en francés por Mr. Garsault y traducido al castellano, con láminas finas, por Don Manuel García Santos y Noriega*, Madrid, Imprenta de Andrés Ramírez.
- San Román, Antonio de (1792), *La Pogonotomía o Arte de aprender a afeytarse a sí mismo. Con muchas observaciones curiosas. Escrita en francés por Monsieur Dusuel, fabricante de cueros de afilar, y traducida por D. Joseph de San Román y Figueras*, Madrid, Gerónimo Ortega y Herederos de Ibarra.